

La verdad y sus sombras

[Publicado en *Sobre Eugenio Trías*, Galaxia Gutenberg, Barcelona 2018, pp. 150-157]

A pesar de lo mucho que se ha hablado, y de lo bastante que se ha escrito, sobre la filosofía de Eugenio Trías, me atreveré a defender la idea de que su significado se suele escapar a muchas de las categorías con las que han tratado de fijarla, como una obra, valiosa sin duda, pero relativamente convencional, académica. En mi opinión, para valorar la importancia del pensamiento de Trías, puede ser insuficiente tratar de colocarlo en un marco abstracto, o meramente histórico, porque para comprenderle a fondo no basta lo que ha escrito, sino que es necesario poner en evidencia lo que eso significaba para él, su sentido de la vida como una aventura, como un desafío a la razón, y su entendimiento de la filosofía como una literatura de conocimiento, pero literatura al fin, obra personal de un *escritor*, de alguien que sabe muy bien que no serviría de mucho tratar de atrapar alguna especie de verdad última sin ser capaz de vivir conforme a una verdad personal e irrenunciable: vida filosófica, vida y filosofía en armonía y equilibrio.

No quiero decir con ello, ni mucho menos, que en lugar de leer a Trías fuere conveniente limitarse a seguir su ejemplo. No es así, porque la vida de Trías, su personal empeño por entender lo que no se deja, está en sus textos, allí late y allí bulle, pero también estaba en su conversación, en sus intereses, en el cine y en la música, en su preocupación ciudadana y política. Si no fuese así, su obra habría sido mucho más reducida, porque nada detestaba tanto como la parla pedantesca, el academicismo huero. Lo que en los casos de plumíferos a la búsqueda de récords absurdos suele ser pretenciosidad vana, en Trías era el testimonio continuado de un trabajo espiritual, de una lucha por la comprensión, por dejar atrás las sombras que se pueden apartar y abrir las ventanas a la luz. *Sombra* es un término metafórico que parece muy pronto en la obra de Trías, y refiere a lo que se entiende de manera insuficiente, a lo que no se ha sabido asimilar, además de advertir sobre las mezclas de luz y de su ausencia que amenazan a las verdades que mejor circulan, también a los supuestos arcanos. Pues bien, Trías no dejaba de pelear con esas hipotecas del conocimiento, con su función estupefaciente, tratando de tocar con los dedos lo que realmente importa, sin dejar nunca de valorar esas sombras de lo real, de las que, como anotó, siempre están enamoradas las luces, más o menos en secreto, pues son un ingrediente esencial de la verdad de nuestra condición, ese hilo de la verdad que "es tan constante y tan fuerte/ que por más que le adelgace,/ no es posible que se quiebre", como le hizo repetir a Calderón.

Muy seguro de sí y de lo que hacía, no tuvo el menor temor de empezar a escribir muy pronto, de no dejar de hacerlo, de atreverse con todo.

Trías fue un pensador valiente, alguien que no se conformó ni con lo que ocurría, ni con lo que se decía, con lo que trataban de imponernos, sino que intentó que pasara, que nos pasara, lo mejor, todo lo contrario de un conformista, o, como decían hace unos años los chavales, de un *acoplado*. Creo que, si tuviésemos la fortuna de contar, sin prisas, con una buena biografía, con algún *monje* capaz de dedicarle la atención que merece, su obra se haría más inteligible y más eficaz, como, sin duda sucede con la que Monk nos ha dado sobre Wittgenstein. En apoyo de lo que digo, llamaré la atención sobre que ese es precisamente el sentido que tiene *El árbol de la vida*, un repaso a tres décadas fundamentales de su vida, escrito cuando estaba entrando, y es seguro que lo sabía, en ese tramo final cuyo definitivo término jamás se conoce antes de tiempo. Sus libros, conforme a su exigente ideal, son siempre respuestas, algo más rico y complejo que *soluciones*, a una interrogación radical, nunca mera silva de varia lección.

Si se los considera desde el prisma académico, es evidente que los textos de Trías favorecen también una visión más existencial que lógica o supuestamente científica de la Filosofía, pero lo que resulta llamativo, es que cuando se leen desde esa otra perspectiva, jamás se encuentra en Trías una palabra de más, un *resbalón*, y mira que abundan en casi todas partes, es decir, que a Eugenio Trías le interesaba *la verdad que se vive*, *la que se es*, pero no ignoraba que esa *verdad* es inseparable de otras cualidades, digamos, de *la verdad que es*, de forma que no olvidaba jamás que la vida nos asoma siempre a algo que está más allá, y ese me parece ser el sentido de fondo de toda su especulación con *límites*, con *fronteras*, y con *sombras*. Los filósofos creativos, y Trías lo ha sido sin desmayo, pueden producir, en ocasiones, una cierta sensación de puerilidad cuando son leídos desde una perspectiva más académica u *objetiva*, pero, en mi opinión, eso no sucede con su obra, que no se preocupó nunca de las fronteras artificiales entre los problemas clásicos, pero que sobrevoló con pericia por encima de sus trampas más habituales, sin pretender jamás que su mirada fuese tan poderosa como para no tener que reparar en esos avisperos en cuyos alrededores suelen prepararse estupendas broncas. Aunque en sus inicios pudiera dar pie a una impresión contraria, el interés de Trías no estuvo nunca en la polémica, sino en la comprensión, en esa verdad que se ha de alcanzar para sentirse libre de las mentiras del tiempo, o de otras más inmemoriales, y esa actitud moral e intelectual es el verdadero secreto de la continuidad de su obra a lo largo una gran variedad de preguntas y averiguaciones.

Lo que caracteriza a un filósofo, por diferencia con un mero profesor, por emplear la distinción de Gilson, se puede definir con dos características bastante simples, el filósofo está siempre en sus comienzos, nunca se hace verdadera filosofía partiendo de otra, por interesante útil y benéfica que pueda resultar, en su caso, cualquier escolástica; y, en segundo lugar, la verdadera filosofía nunca llega al

final, no concluye, sin que eso sepa a derrota. Esas dos cualidades pueden excusarse en alguna medida, cuando un filósofo se deja arrebatar por un tema, o por un problema, pero cuando los temas son solamente *lugares de paso*, y es evidente que Eugenio Trías pasó, y hasta se demoró, con unos cuantos (desde la Estética a la Metafísica sin desdeñar la Política), entonces es inevitable que el asunto acabe siempre de la misma forma, abierto, más abierto y más claro que antes, si ha habido suerte, pero sin acogerse a ningún puerto supuestamente seguro. De este tipo de aventuras intelectuales suele decirse que son originales, y eso valdría algo si realmente significase una relación honda con el origen, pero, muy frecuentemente se emplea ese término para señalar, sin más, algo distinto, lo que podría haber sido mero fruto de un cálculo inteligente, mercantil, por ejemplo.

Trías ha sido muy original en el sentido fuerte e interesante del término, y no ha tenido ninguna preocupación en que se pudiera decir que se parece a alguien, precisamente por estar seguro de sus orígenes, del mismo modo que lo estaba de preferir que su obra se coronase con un par de trabajos magistrales sobre música o cine, en lugar de haberse consagrado a *redondear* su *sistema*, pues, si bien es cierto que, a medida que fue madurando, su obra iba siendo más y más coherente, menos estridente, lo que es un testimonio cierto de una vida bien vivida, no lo es menos que siempre le pareció que lo que le quedaba por decir no podría deducirse de nada de lo escrito, y alcanzar y acertar a decirlo era lo que más le interesaba.

En la prosa de Trías, los modos del pensar parten siempre de lo inmediato, pero apuntan sin pereza al horizonte, al límite, convencido de que con ello estaba llevando a cabo un esfuerzo que echaba en falta en nuestra historia, en la cultura española, una tradición en la que la filosofía no solo había ocupado un lugar marginal, sino que, con frecuencia, cuando conseguía aparecer, acababa siendo lamentablemente inefectiva, equívoca o estéril. Trías no quería rendirse ante semejante mal, de manera que, por más que, especialmente al principio, sus libros pudieran parecer un elemento exótico en el panorama del pensamiento español, su pensar se fue haciendo cada vez más consciente de que debía contribuir, y lo intentó con toda seriedad, a evitar esa carencia típicamente española, el desdén por la filosofía y la reflexión que afean otros logros evidentes de nuestra cultura, el desconsiderado lugar que la sociedad española reserva para el conocimiento. Por eso le parecía seguir ocupando una posición intempestiva, y hasta es posible que se nos haya ido con cierta sensación de fracaso que estoy seguro será nítidamente desmentida más pronto que tarde. Trías pertenecía, sin duda alguna, a esa rara esquina de sabios, la expresión es de Cela, cuyo riesgo es que nadie

advierta la calidad de lo que han hecho, y eso que Eugenio Trías rebasó con claridad los límites de la insignificancia pública, pero es que persiste entre nosotros esa penosa manía de alabar y no escuchar, de repetir y no aprender. Por razones cronológicas, la obra de Trías se inició en una España muy elemental y escasamente atenta a nada a lo que se pueda llamar espiritual, para acabar en una época en la que cualquier texto medianamente largo puede ser objeto de ceñudo rechazo general. No han sido tiempos fáciles para alcanzar un significado que no sea equívoco, pero hay que confiar en que el empujón que Trías ha dado a la filosofía española se traduzca en una cierta elevación general de miras. Quienes le hemos conocido y hemos aprendido con él tenemos el deber de evitar que tras el elogio *post-mortem* aparezca el olvido, esa desgracia que nos hace lamentar no tanto lo que hemos sido sino el equívoco logro de desconocerlo.

Trías quería romper ese muro de incompreensión, ese cerco al pensamiento, y, más aún, que eso se hiciera presumiendo de dioses mejores. No valía cualquier cosa para hacerlo, no se trataba de divulgar, sino, sin duda alguna, de hacer ejemplarmente lo que había que hacer, de afrontar con empeño propio y original las grandes cuestiones de toda filosofía, y hacerlo sin esa automutilación que irritaba a Ramón y Cajal, el que los españoles aceptaran mansamente dedicarse a repetir lo que decían los *sabios* extranjeros, de forma que Trías no vaciló al enfrentarse con cuestiones muy difíciles, no quiso limitarse a ser un catedrático de la asignatura y a repetir las consignas consiguientes, normalmente las de moda. En lugar de adocenarse, se enfrentó seriamente, y sin apenas descanso, con las cuestiones que cierto *oficio* académico enseña a evitar, se olvidó por completo de las ambiciones y las servidumbres corporativas, y supo no tener la más ligera preocupación de que nadie pudiera reprocharle el no tener en cuenta no sé qué, que al parecer habría que tener presente para atreverse a hablar de lo que fuere.

Ya he dicho antes que Trías era valiente, atrevido, y eso es algo que hay que agradecerle. Por eso pudo evitar al lector la dura penitencia de la erudición, la fatigosa siembra de citas, que, como en cierta ocasión dijo Zubiri de las fórmulas, es siempre muy fácil de imitar. Su filosofía se puede leer sin dedicar semestres a introducirse en el sentido preciso de cualquiera de sus términos, es clara, está bien escrita (aunque en su prosa española nos asalten ocasionalmente préstamos muy catalanes), y lleva muy directamente a lo esencial para recrearse con ello, para lograr eso que solo alcanza mejor la buena música, mantenerse tiempo sin distracción y sin abatimiento en la recepción de algo nítido y, a su manera, simple.

Como el lugar al que van destinadas estas palabras tiene un carácter inevitablemente testimonial, se me permitirá algo que normalmente no me consentiría, ya que tuve la suerte de poder tratar, mucho menos de lo que hubiera deseado, pero de modo ciertamente personal, a Eugenio Trías. Cuando le conocí ya era una figura esencial de la cultura española, y, por supuesto, había leído buena parte de sus libros, no todos, porque mi propia dedicación iba por derroteros bastante distintos, y no siempre hay tiempo suficiente para hacer lo que gusta. Me impresionó su naturalidad, su buen carácter, su arrojo, insisto en este aspecto. Tal vez eso explica que pudiese resistir tanto tiempo en un entorno cultural que le fue crecientemente hostil por razones vergonzosas, aunque procuraba escaparse siempre que le era posible.

A mí no me acababa de casar esa forma tan apacible y natural de ser con un nivel tan alto de calidad y acierto en su obra escrita en la que, aunque se podrán establecer hitos y fechas, es indiscutible la conservación de un gran nivel desde su primera hasta su última página. No sé, seguramente esperaba un personaje más tonante, los había conocido con mucho menos motivo. Su conversación era grata e intensa, pero no era ningún Unamuno, dejaba hablar, quería saber. La última vez que coincidimos en torno a una mesa, ya no podía fumar, hablamos de cine (como en otras muchas ocasiones, y de filosofía y política) y, al respecto, tuvimos una seria discrepancia, y eso que yo le seguía con devoción y habitualmente coincidía con sus juicios, pero, aunque jamás hubiese osado a discutir con él de Música, pues su saber y su pericia eran portentosas, en especial para un torpe de mi categoría, en cine sí me atrevía a llevarle la contraria. Me dijo que no apreciaba las películas de Eastwood, y yo no pude evitar la idea de que en Eugenio quedaba un poso muy común de "antiamericanismo" (mejor, tal vez, "antiwestern"), compatible con su admiración a Coppola o Kubrik, que yo estimaba muy fuerte en sus orígenes, y que se reforzaba probablemente con otra apreciación muy usual entre los filósofos españoles, cierta germanofilia y el ninguneo de lo anglosajón, pero es posible que me equivocase, y no poco, al pensarlo; me limité a no insistir en el caso, no ya por respeto, sino porque lo estimaba perdido, y a escucharle sobre otras historias memorables en las que su magisterio, siempre incisivo y escasamente convencional, estaba mucho más conforme con mis gustos.

Es un honor para mí recordar a alguien a quien he podido considerar mi amigo, pero, sobre todo, dar testimonio sobre un autor que ha establecido un nivel muy alto en una disciplina cuyo tono medio está, entre nosotros, y desgraciadamente, muy por debajo. Creo que bastaría con haber publicado, por ejemplo, *El canto de las sirenas*, para ocupar un lugar de privilegio en la cultura española, pero es que ha

hecho mucho más, es que ha escrito cosas que estoy seguro que se leerán durante mucho tiempo, contando incluso con la desgraciada circunstancia de que parece como si la lectura, o ciertas formas de lectura para ser más preciso, fuese a desaparecer. Eugenio Trías ha puesto en circulación textos y formas de análisis que están llamados a ser muy fértiles, ha sido un maestro ejemplar de la palabra y de la idea en una época de mucho ruido, pero de intenso silencio del espíritu, una realidad de la que se atrevió a hablar sin falsos rubores y sin ninguna pretendida autoridad de origen incierto.

Nuestro filósofo llevó a cabo con ejemplaridad y ritmo valeroso su filosofía, con benevolencia, pero de forma audaz, exigente y rigurosa, duro de cabeza y ligero de pies, como ya advertía en 1971 que debiera ser el pensamiento. De esta manera, nos ha dejado una herencia de la que cabe esperar que nos haga capaces de reconocer y aprovechar la mucha luz que su palabra, buscando traspasar los límites de la verdad y de cualquiera de sus sombras, trató de exponer ante nosotros.

José Luis González Quirós

Profesor Titular de Filosofía, Universidad Rey Juan Carlos, Madrid